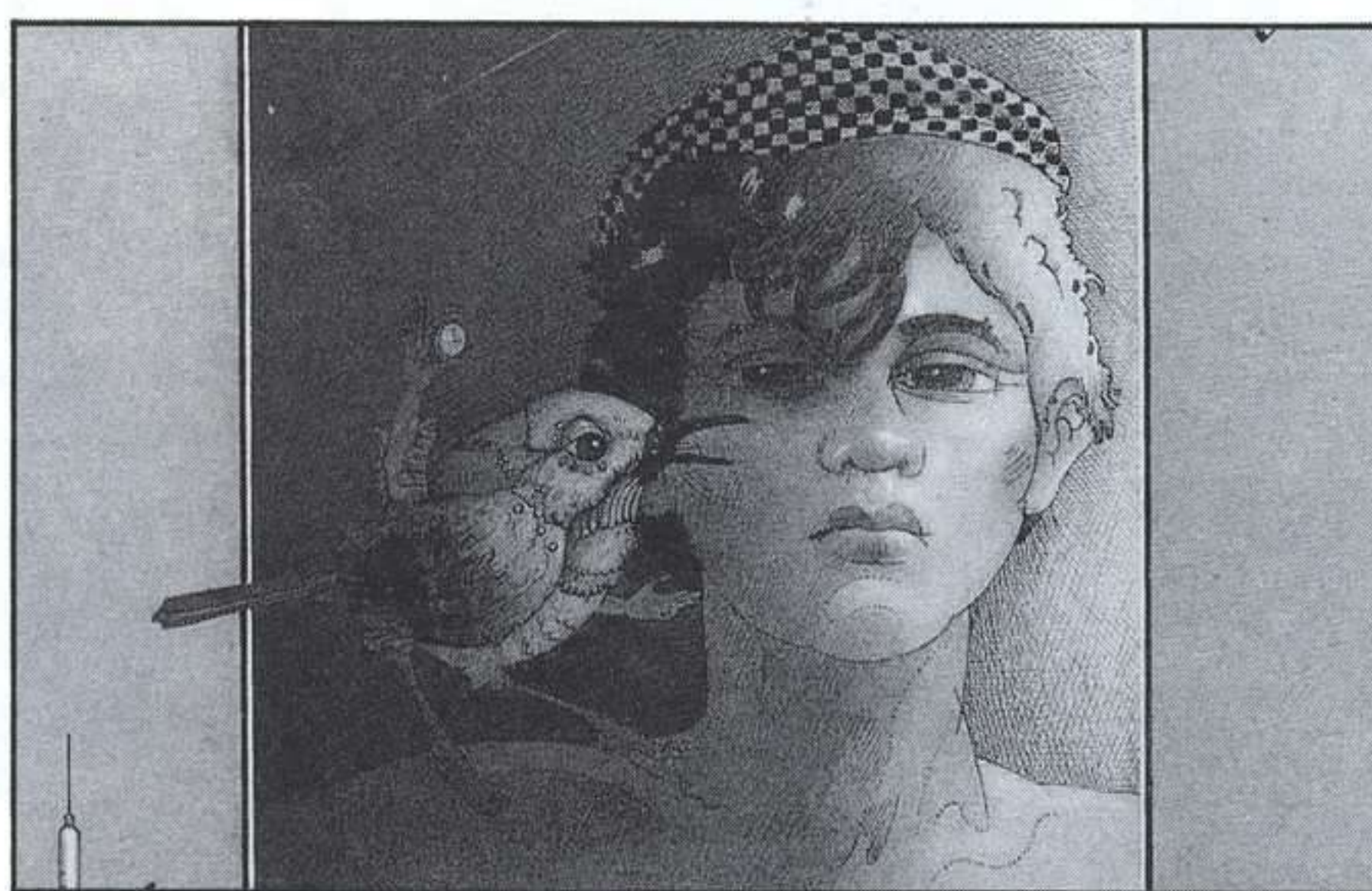


Aquel niño que tenía los ojos oscuros

por M. Àngels Gardella



Le llamaban Malandrín porque era ladrón. Sólo tenía ocho años, pero ya era uno de los ladrones más expertos del barrio de chabolas que había cerca de la vía del tren. De sus hermanos, era el mejor. Un carterista de primera fila. Era delgado, ágil, se escurría entre la gente como una anguila. En el barrio jugaba poco. Siempre callaba. Tenía la boca grande, los ojos tristes, la piel oscura. Nadie conocía a sus amigos. Malandrín sólo tenía un amigo y un secreto. El amigo y el secreto eran lo mismo.

Todo había empezado hacía un par de años. Su hermano mayor, el que ahora estaba en la Modelo, había atracado una relojería. Un buen botín. Y había traído a la chabola una de las piezas robadas. Era un reloj de cuco. Lo habían colgado de la pared. Malandrín quedó fascinado. Se pasaba días y más días en la chabola sólo para ver salir al cuco de su nido cada media hora. Él no sabía leer el reloj y no tenía ni idea de mecánica, para él aquel reloj de cuco era un objeto mágico y maravilloso.

Una noche, después de haberse pasado todo el santo día por las calles birlando de aquí y de allá, cansado, no quería dormirse hasta oír y ver el cuco. El resto de su familia ya dormían, tendidos sobre jergones. La madre murmuraba entre sueños. Malandrín tenía los ojos abiertos de par en par como dos hoyas oscuras donde la noche se hundía hasta perderse. El cuco tardaba en salir. Se incorporó. Escuchó. No oía el tic tac del reloj. ¡Claro! ¡Estaba parado! En aquel mismo momento, cuando iba a darle cuerda, se abrió la ventanita del nido y el pájaro del reloj asomó la cabeza:

—¡Cu-cut! ¡Cu-cut!

Malandrín quedó desconcertado.

—¿Pero no estaba parado este reloj? —preguntó en voz

baja. Su madre se dio la vuelta y continuó durmiendo.

—¡Sí, pero yo tenía ganas de salir a tomar el aire!

¿Quién hablaba así? Malandrín abrió todavía más los ojos para absorber la poca luz de la chabola. Sólo veía sombras. Ninguno de sus hermanos ni hermanas tenía una voz tan delgada y fina.

—¿Quién eres? —preguntó el niño.

—¡El cuco! ¡Quién iba a ser!

Desde aquella noche el cuco y Malandrín se hicieron muy amigos. El cuco le contaba historias, le daba consejos, le hacía reír. Era un cuco muy sabio pero un poco loco y, aunque hablaba mucho, también sabía escuchar las historias de ladronzuelo que Malandrín le contaba.

Cada noche su conversación sólo duraba media hora, nada más que media hora. Después, daba igual que el reloj tuviera o no cuerda, el cuco volvía a su nido y otra vez se convertía en un objeto mecánico.

Un día el niño estaba muy triste.

—¡No he podido birlar nada en todo el día y me muero de hambre!

—Te quejas por nada —le dijo el cuco—, aprende de mí, yo que sólo tengo media hora de vida al día... ¿Crees que no me gustaría ser libre, volar por el cielo, pararme en las cornisas, pasar un poco de hambre y un poco de frío, conocer el invierno y el verano, el sol y la luna?

Malandrín pensó que el cuco tenía razón, la vida de cuco de reloj aún era más triste que la suya. Al día siguiente el niño se pasó las horas reflexionando. Sus ojos parecían más oscuros y más tristes que nunca y su silencio más profundo. Por la noche con un destornillador desharía las ataduras entre el pájaro y el artilugio mecánico, una vez libre de su servidumbre quizás continuaría conservando la vida. Cuando Malandrín explicó al cuco que estaba dispuesto a darle la libertad, el cuco no se lo podía creer, se sentía tan contento que no paraba de cantar y de batir sus diminutísimas alas.

—¡Calla que vas a despertar a mis hermanos! —le dijo Malandrín.

Con los ojos inundados de lágrimas intentaba desenroscar los pequeños tornillos de latón. Si dejaba libre a su amigo seguramente nunca le volvería a ver, se iría por el ancho mundo y se olvidaría de él. Pero Malandrín quería tanto a su amigo que no lamentaba ni su tristeza ni su soledad. Se secó las lágrimas con la manga.

Cuando el pájaro estuvo del todo libre, voló hasta el techo, buscó la ventana, estaba abierta, salió volando y se perdió en la oscuridad de la noche sin ni siquiera dar las gracias.

Pasó un día y otro día y Malandrín estaba muy triste, se sentía muy solo y desgraciado, pensaba que el cuco le había abandonado para siempre y se arrepentía de haberlo dejado libre. Pero una mañana, después de tres días, un pequeño, un insignificante pájaro se paró sobre su hombro: era el cuco. Le costó reconocerlo porque jamás le había visto a la luz del día.

—¡El mundo es maravilloso! ¡Muchas gracias! —le dijo el cuco al oído. He vuelto para quedarme aquí contigo. Te echaba en falta.

—¿De veras? —preguntó Malandrín. Yo también era más feliz cuando te tenía en el reloj...

—¿Por qué dices eso? ¡En el reloj yo era un esclavo de las horas!

—Sí, pero me explicabas historias y en cambio ahora que eres libre te vas...

—Es porque soy libre que he decidido volver y quedarme aquí contigo, pero tienes que prometerme no encerrarme jamás en una jaula.

A Malandrín le parecía imposible ser tan feliz.

—¡Yo no tengo dinero para comprarte una jaula!

Y se fueron paseando a lo largo de la vía del tren.